

RESEÑA / REVIEW

RECIBIDO / RECEIVED

16 de enero de
2026

ACEPTADO /
ACCEPTED

13 de marzo de
2026

PÁGINAS / PAGES

De la 199
a la 202

ISSN / ISSN

2386-2912

Autor / Author

ESQUIROL, Josep María

Acantilado, Barcelona, 2024

La escuela del alma De la forma de educar a la manera de vivir

Cada vez es más frecuente que escuchemos comentar que estamos inmersos en una crisis educativa y en una deshumanización creciente, Josep María Esquirol nos ofrece en su ensayo titulado *La escuela del alma*. De la forma de educar a la manera de vivir una reflexión profunda y necesaria sobre el verdadero sentido de la educación. Esta obra, que trasciende los límites de la pedagogía para adentrarse en territorios antropológicos y existenciales, se presenta como una invitación a repensar la educación desde sus fundamentos más esenciales. Y en gran medida, es un aliciente para afianzar la vocación de todos aquellos que de alguna manera u otra se sienten llamados a comprometerse en la educación de las personas y a generar un vínculo que perdure y mantenga la ilusión no solo del que enseña sino del que aprende, incluso, más allá de lo visible: «acompañar al alumno hacia las cosas y, luego, con el tiempo, hacia la hondura: Es decir, primero, muy pacientemente, llevar al alumno hacia la proximidad de lo visibles para, después, dirigirse un poco hacia lo invisible que está detrás» (p. 12).

Esquirol comienza su reflexión con unas notas introductorias sobre el sentido de la educación. Para después abordar el resto de sus reflexiones en una serie de capítulos cuyos títulos, como si fueran las bienaventuranzas, inician con la expresión: Felices los que.... Toda la obra pretende recuperar la felicidad del que va a la escuela, de los que se encuentran con buenos maestros, de los que atienden, de los que no hacen el mal, etc. En este recorrido siembre los pilares que debieran presidir todo acto educativo. Concluye el ensayo con el capítulo de *El último día de curso*, un punto y seguido pues el aprendizaje debe ser sostenido en el tiempo y acompañar a la persona cada día de su vida.

El autor construye su argumentación sobre una premisa fundamental: la educación auténtica no puede limitarse a la transmisión de conocimientos o al desarrollo de competencias técnicas, sino que debe aspirar a ser una verdadera Escuela del alma. Esta expresión, que da título a la obra, debe entenderse como una apuesta por la formación integral de la persona humana en todas sus dimensiones. La educación debe despertar el gusto por el saber, por la auténtica sabiduría, por integrar en esa búsqueda de la verdad los distintos saberes. Elevar a los alumnos para que, desde la contemplación de lo cotidiano, de las cosas que les rodean se pregunten por algo más que les dé sentido y significado: «la escuela es también un lugar: aquel donde se cultiva el alma, mediante la atención a las cosas del mundo (...) La filosofía busca la diferencia, para entender, y la vida busca los umbrales, para orientarse» (p. 21).

La obra parte de una constatación preocupante: la educación contemporánea se ha visto reducida a un proceso meramente instrumental, orientado hacia la eficiencia y la productividad económica. Frente a esta situación, Esquirol propone recuperar la dimensión humanística de la educación: «debemos educar de acuerdo con lo que creemos y no con lo que es o —supuestamente— será» (p. 29). La dimensión humanística es aquella que considera al ser humano en su totalidad existencial y que aspira a cultivar no solo la inteligencia, sino también la sensibilidad, la capacidad de asombro y la apertura al misterio de la existencia.

Una vez explicada la crisis educativa y la necesidad de recuperar la esencia de la educación, Esquirol realiza, una de las aportaciones más valiosas de la obra: la comprensión de la vulnerabilidad humana como fundamento de la acción educativa. Esquirol no elude la fragilidad constitutiva del ser humano, sino que la abraza como condición de posibilidad para el crecimiento personal y la apertura al otro. Esta perspectiva resulta especialmente relevante en una sociedad que tiende a negar o disimular la vulnerabilidad, promoviendo un ideal de autonomía absoluta que termina por deshumanizar las relaciones educativas.

El reconocimiento de la vulnerabilidad no conduce al autor hacia el pesimismo, sino hacia una comprensión más profunda de la dignidad humana. Es precisamente porque somos vulnerables por lo que necesitamos la educación, entendida como acompañamiento en el proceso de humanización. En un mundo en el que los niños y jóvenes pasan sus días conectados a las pantallas, hay que recuperar la fuerza del encuentro creativo con el otro. Despertar su admiración, interés y atención. Para ello, el encuentro entre los corazones del que acompaña y el que quiere ser acompañado, aunque muchas veces no lo sepa, es crucial. Pero para que se produzca, no hay un método que asegure el éxito: «El encuentro es sin porqué. Esto significa que no hay ninguna fórmula que garantice producirlo (...). No hay manual de instrucciones, ni puede haberlo. Sin embargo, si hay un tipo de “cultura” y de “ambiente” que favorece, inspira y prepara los encuentros. Al fin y al cabo, éste es uno de los principales cometidos de la escuela: saber cuáles son las personas más idóneas para hacer del lugar: lugar» (p. 45).

Aquel profesor que convierte la hospitalidad como paradigma de la relación educativa. El que logra que el aula sea un lugar de invitación constante para buscar la verdad, el bien y la belleza.

La escuela, sugiere, debe convertirse en un espacio de acogida donde cada persona pueda encontrar el ambiente necesario para su desarrollo integral. Esta hospitalidad no es mera cordialidad superficial, sino una actitud profunda que implica el reconocimiento del otro como misterio irreductible y la creación de condiciones favorables para su crecimiento. Esquirol propone respetar la singularidad de cada ser humano, para ello es preciso crear espacios de encuentro genuino entre cada alumno y profesor y reconocer que en la peculiaridad de cada alumno «cada uno es alguien, y alguien capaz» (p. 51).

En todos los capítulos de la obra se insiste en la idea recurrente de cultivar la atención y la capacidad contemplativa. En una época dominada por la dispersión y la aceleración, el autor reivindica la importancia de educar la mirada, de enseñar a ver con profundidad y a detenerse ante la realidad para comprenderla en su riqueza y complejidad.

Esta educación de la atención es una auténtica necesidad existencial. Solo quien ha aprendido a mirar con atención puede establecer relaciones auténticas con los demás, puede apreciar la belleza del mundo y puede desarrollar una comprensión profunda y verdadera de sí mismo. La contemplación, por tanto, se revela como una dimensión fundamental de la formación humana, indispensable para el desarrollo de la sensibilidad ética y estética: «Se enseña el increíble mostrarse del mundo» (p. 77).

En esa contemplación, el alumno se admira y se despierta el interés por continuar su formación en el sentido más profundo de la palabra. Y ante la realidad que se muestra tan desbordante, se da cuenta de que no puede acceder a la verdad él solo. Surge entonces la dimensión comunitaria del aprendizaje, que se concreta, de nuevo, en la creación de vínculos educativos auténticos, basados en la confianza mutua y en el compromiso compartido con el crecimiento humano. La escuela se convierte así en una comunidad de aprendizaje donde educadores y educandos se acompañan mutuamente en el proceso de humanización: «La universidad es una comunidad que vive la vida de una determinada manera: la comunidad de maestros y de los alumnos» (p. 28). Lugar sagrado que no se debe a criterios empresariales con un catálogo de títulos que ofertar, sino a la sed de los jóvenes que, a veces sin saberlo, añoran entender la profundidad del ser humano, del mundo y de Dios.

Con esta obra, Esquirol logra articular una propuesta que trasciende los reduccionismos técnicos para recuperar la dimensión humanística de la educación. Su llamada a cultivar el alma es una necesidad urgente en un mundo que ha perdido de vista el sentido profundo de la formación humana.

Para quienes trabajamos en el ámbito de la educación, esta obra representa una invitación a repensar nuestras prácticas y a recuperar la vocación humanizadora que debe caracterizar toda auténtica acción educativa. En tiempos de crisis, Esquirol nos recuerda que la educación sigue siendo, fundamentalmente, un acto de esperanza en la dignidad y las posibilidades del ser humano.

Susana Miró López
Universidad Francisco de Vitoria

